

CICERÓN

SOBRE LA REPÚBLICA
ISLAS NADADORAS

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía, clásicos mínimos, Nadadores
Fecha de Publicación: 05/11/2017
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Cicerón sitúa su diálogo en el año 129 AEC (antes de la era común), al poner en boca de Escipión el Africano, el destructor de Cartago y de Numancia, sus reflexiones políticas sobre la república, en un tiempo muy pasado al suyo, pues es a partir del año 54 AEC cuando comienza a planear su obra de teoría política. Sólo se conservan más o menos amplios fragmentos de ella, el más importante procedente de un código palimpsesto de la Biblioteca Vaticana, hallado en 1819 por el cardenal Angelo Mai. De fragmentos citados por otros autores, destacan los procedentes de Lactancio, de San Agustín y, sobre todo, de Macrobio (IV-V EC o era común), que recoge el llamado “Sueño de Escipión”, con el que terminaba la obra, y que tuvo mucho éxito en la cultura cristiana por teorizar a la manera platónica sobre el alma y aceptar un tipo de existencia después de la muerte.

Palabras Clave

Teoría política, república, Cicerón, Escipión, Nadadores,

Personajes

Publio Escipión el Africano, Cicerón, Rómulo,

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** impresa
- **Procedencia:** Ed. Gredos, Madrid, 1984
- **Sección / Legajo:**
- **Tipo y estado:** traducción y edición de Álvaro D’Ors
- **Época y zona geográfica:** Mediterráneo, siglo I AEC
- **Localización y fecha:** Roma, 54 AEC y ss.
- **Autor de la Fuente:** Cicerón

SOBRE LA REPÚBLICA

ISLAS NADADORAS

En el libro II de *Sobre la República*, de Cicerón, en la traducción y edición de Álvaro D'Ors, II, 3,5, pp.88-90 (edit. Gredos, Madrid, 1984), hay una bella evocación de la fundación de Roma por Rómulo y lo acertado de la elección del lugar, estableciendo una sugestiva tipología de lugares y gentes armonizados que nos parecen de gran belleza expresiva. Con el encanto añadido de la aparición de Nadadores, en este caso nada menos que islas nadadoras, de fuerte contenido simbólico.

Reproducimos el texto:

Los lugares marítimos no son convenientes
para ciudades fundadas con esperanza de
continuidad

[Rómulo]...se dice que primeramente concibió establecer una ciudad y asegurar una república, aconsejado por los buenos augurios, y eligió el lugar de la ciudad (cosa que debe proveer con mucho cuidado quien intenta plantar una república duradera) con increíble acierto, pues no se acercó al mar, lo que le resultaba fácil de conseguir con la fuerza de que disponía, invadiendo el territorio de los rútilos y aborígenes, o fundando la ciudad en la desembocadura del Tíber, lugar en el que, muchos años después, el rey Anco estableció una colonia, sino que, como hombre de excelente prudencia, pensó y vio que los lugares marítimos no son los más convenientes para las ciudades que se fundan con esperanza de continuidad; en primer lugar, porque las ciudades marítimas se exponen, no sólo a muchos peligros, sino también a peligros imprevisibles; pues la tierra firme denuncia anticipadamente la llegada de enemigos, no sólo cuando se les espera, sino incluso si vienen de repente, por muchas señales y hasta por el mismo sonido estruendoso, y no hay enemigo que pueda venir corriendo por tierra de manera que no podamos saber que está allí, quién es y de dónde viene. En cambio, el enemigo marítimo, que viene en naves, puede presentarse antes de que nadie pueda sospechar que viene, y cuando ha llegado no muestra quién es, ni de dónde viene, ni lo que quiere, ni tampoco da señales para poder distinguir y ver si viene en son de paz o como enemigo.

Ansia de conocer y viajar de las ciudades
costeras y corrupción de costumbres

Por lo demás, las ciudades marítimas padecen cierta corrupción e inestabilidad de costumbres; quedan perturbadas por **nuevas maneras de hablar y de pensar**, e importan, no sólo **mercancías exóticas**, sino también **costumbres exóticas**,

de modo que nada puede permanecer incólume de la educación tradicional. Es más: los habitantes de tales ciudades, **no echan raíces en sus hogares**, sino que la esperanza imaginativa les lleva a **volar lejos de casa**, y hasta cuando permanecen corporalmente, **se escapan y vagan con su mente**. Nada corrompió más a la, por largo tiempo, decadente Cartago, y a Corinto, en otra época, que ese **andar errante** y esta disipación de sus ciudadanos, que descuidaron el trabajo del campo y del ejercicio de las armas por el **ansia de comerciar y navegar**.

Alicientes y ventajas de las ciudades marítimas

El mar suministra a las ciudades muchos **alicientes perniciosos del lujo**, que se roban o se importan, y la misma **amenidad natural del lugar** tiene muchos atractivos de concupiscencia lujosa y desidiosa. Lo que he dicho de Corinto no sé si no puede decirse con verdad de toda Grecia, pues también casi todo el Peloponeso está rodeado de mar, ya que excepto por Fliunte no hay otra tierra que no tenga costa, y fuera del Peloponeso, sólo los enianos, los dorios y los dilopos están alejados del mar.

**¿Qué diré de las islas de Grecia?
Rodeadas por las aguas nadan ellas mismas
como las instituciones y costumbres de sus ciudades.**

Esto, como dije, por lo que se refiere a la antigua Grecia, pero, de las colonias, las fundadas por los griegos en el Asia Menor, Italia, Sicilia y África ¿cuál no bañan las olas, excepto sólo Magnesia? Así, pues, parece como si una ribera griega se hubiese como ceñido alrededor de los territorios bárbaros, pues de estos, ninguno era antes pueblo marítimo, excepto los etruscos y los fenicios, unos a causa del comercio y otros por la piratería. Y es clara esta causa de los males y alteraciones de Grecia, a consecuencia de los vicios de las ciudades marítimas de los que acabo de tratar brevemente; con todo, a estos vicios es inherente la gran ventaja de la que cualquier cosa que se produzca donde sea pueda llegar por mar a donde vives, y, a su vez, que lo que producen de sus campos pueda exportarse a las tierras que sea.

Una ciudad fluvial como síntesis perfecta para ser cabeza de un gran imperio

¿Cómo pudo, pues, comprender Rómulo más inspiradamente las ventajas del mar, a la vez que evitar sus defectos, que al poner la ciudad a la orilla de un río perenne de curso constante, y que desemboca anchamente en el mar? Para que por él pudiera la ciudad recibir del mar lo que necesitaba y exportar lo que le sobraba, y que no sólo tomara por ese río

las cosas traídas por el mar que fueran necesarias para su mantenimiento, sino para que recibiera también las transportadas por tierra, de modo que me parece como si ya Rómulo hubiese adivinado que en el futuro esta ciudad iba a ser sede y domicilio de un gran imperio; pues no hubiera podido la ciudad tener tan gran afluencia de todo si se hubiera colocado en cualquier otra parte de Italia.

Si este fragmento es un canto de Cicerón a la ciudad fluvial que es Roma, es a la vez un canto al hombre de frontera, de esa frontera que es el mar, ese hombre en contacto con nuevas maneras de hablar y pensar, mercancías y costumbres exóticas, que no echa raíces en su casa y sueña con volar lejos, y se escapa y vaga al menos con su mente, anda errante o ansía navegar y comerciar... Parte activa de esa gente que ama los alicientes que procuran la cercanía del mar y la amenidad natural de esos lugares, incluidos el lujo y las costumbres estimulantes, hasta el límite de esos hombres isleños de ciudades en donde instituciones y costumbres nadan como las mismas islas que las sustentan.

Es el territorio de la frontera, de la información, de la movilidad, de la comunicación y de la inteligencia. El territorio de la modernidad, en fin, de la globalidad que trae consigo el conocimiento, del cambio..., de la vanguardia, postmodernidad y globalización intemporales y cambiantes, con el horizonte de las transformaciones.

El punto de partida para una tipología de los transmisores de la información, comenzando por este Mediterráneo clásico antiguo que en el periodo bajomedieval y moderno, fecundado por estos lúcidos análisis remozados por los humanistas europeos, dieron lugar a esa expansión europea colonial que aún disfrutamos y sufrimos.

En el libro VI del libro de Cicerón, el único fragmento extenso conservado es el llamado “Sueño de Escipión”, con el que terminaba la obra, conservado, como dijimos, por la copia que de él dejó Macrobio (IV-V EC o era común) en su *Comentario al sueño de Escipión*. En él, Escipión Africano el Viejo se le aparece en sueños a Escipión Emiliano, su nieto adoptivo, a raíz de una emotiva entrevista con Masinisa, rey de Numidia ya muy anciano, que había sido gran amigo y aliado de su antepasado Escipión Africano el Viejo; en el sueño el abuelo anuncia al joven sus futuros éxitos militares, la destrucción de Cartago y de Numancia, a la vez que le habla del premio después de la muerte para el hombre virtuoso, “después de haber conseguido escapar volando de las ataduras corporales como si fuera de una cárcel” (VI, 14,14), idea de tradición socrático-platónica.

Y en ese marco, surgen bellas formulaciones que hoy podríamos tildar de panteístas, ecologistas o en su línea: el Africano que sueña, habla con su padre Paulo a quien, entre abrazos y besos, le llega a decir que si “esta vuestra es la verdadera vida, ¿por qué sigo yo en la tierra? ¿Por qué no me apresuro a venir a

vosotros?” A lo que la aparición en sueños le contesta con un elocuente discurso en el que la tierra ocupa el centro de ese templo divino que es el universo:

“No es cosa de eso. En tanto no te libere de la prisión de tu cuerpo este dios cuyo templo es todo lo que ves, no hay entrada para ti aquí. Porque los hombres fueron engendrados con esta ley, y deben cuidar de este globo que ves en el centro de este templo y se llama la tierra, y se les dio el alma sacada de aquellos fuegos eternos que llamamos constelaciones y estrellas, que en forma de globos redondos, animados por mentes divinas, recorren con admirable celeridad sus órbitas circulares...

A ello sucede la descripción del universo clásico de la antigüedad, por boca de Escipión Africano el Viejo:

¿Hasta cuándo estará tu mente fija en el suelo?
¿No ves a qué templos has venido? Todo el universo puedes ver encerrado en nueve órbitas, o mejor esferas, de las cuales hay una exterior celeste, que encierra a todas las demás, como el dios supremo que gobierna y contiene a los otros, y en la que están fijadas aquellas órbitas sempiternas que recorren las estrellas. A esta órbita se supeditan las otras siete que giran al revés, en sentido contrario al celestial...”

De esos giros procede esa música de las esferas que inspiró a los astrónomos clásicos, a los músicos y a los matemáticos, y que hizo a Kepler calcular con exactitud que para que no chocaran entre sí esas esferas las órbitas celestes no debían ser circulares sino elípticas, leyes de la naturaleza que Galileo dijo taxativamente que se expresaban en términos matemáticos...

Y es en ese sueño cósmico platónico-pitagórico-ciceroniano en donde surge también de manera natural, de nuevo, la dicha del Nadador... En ese mínimo rincón terrestre conocido en el que se sitúan los hombres, ¿qué es la fama, qué es la gloria?

Observa, además, que esa misma Tierra está coronada y circundada como por unas zonas, dos de las cuales, que son del todo opuestas y apoyadas por una y otra parte en los mismos polos del cielo, puedes ver que están endurecidas por el hielo, en tanto la más extensa del centro está quemada por el ardor del sol. Dos zonas son habitables, de las cuales la Austral, cuyos habitantes imprimen sus huellas opuestas a las vuestras, nada tiene que ver con vuestra estirpe; esta otra, expuesta al Septentrión, que habitáis vosotros, **observa en qué pequeña parte os toca, pues toda la parte de Tierra que vosotros ocupáis, aplastada por los polos, dilatada por los lados, es como una pequeña isla rodeada por el mar que llamáis, en la Tierra, Mar Atlántico, Mar Grande o bien Océano, pero que ya ves qué pequeño es, a pesar de tan grandiosos nombres. Es más:**

en estas mismas tierras conocidas y ocupadas por vosotros,
**¿acaso pudo tu persona o cualquier otra de las nuestras
atravesar ese Cáucaso que ahí ves, o cruzar a nado aquel río Ganges
que ves ahí?**

¿Quién de los que están en las otras partes de la Tierra,
al Oriente y Occidente, al Septentrión o al Austro podrá saber algo
de tu persona?

Prescindiendo de estas partes, **puedes comprender en qué limitado espacio
puede difundirse vuestra gloria.**

Y los mismos que hablan de vosotros ¿por cuánto tiempo lo harán?

“Círculos concéntricos infinitos que atenazan el corazón y degüellan palomas que habitaban allí...”, viejo verso de un poeta ya desaparecido. Islas y oasis, infinitud de la pequeñez. El sueño del Africano ante el universo estrellado del sur. El sueño de la unidad. El sueño.



Circumpolar de Frank Rodríguez, preciosa.

<http://magufos.crearimagen.com/blog/70/pirulo-cosmico>

FIN